



COLUMNA

Mario Sandoval Manríquez, investigador del Centro de Estudios del Desarrollo Regional y Políticas Públicas, Universidad de Los Lagos (Ceder ULagos)



La moda de los “tiroteos”

La reciente tendencia de algunos estudiantes chilenos de anunciar o amenazar con posibles tiroteos en sus colegios -aunque en muchos casos no se concreten- es un fenómeno preocupante que exige un análisis crítico más allá de la reacción inmediata de alarma. No se trata solo de “bromas de mal gusto”, sino de expresiones que revelan tensiones profundas en la cultura escolar, el impacto de las redes sociales y una preocupante banalización de la violencia.

En primer lugar, estas amenazas suelen circular en plataformas digitales donde el anonimato o la distancia emocional reducen la percepción de las consecuencias. En ese entorno, algunos jóvenes buscan notoriedad, validación o simplemente romper la rutina escolar, sin dimensionar el daño que provocan. Sin embargo, el efecto es real: suspensión de clases, despliegue policial, miedo colectivo y una creciente desconfianza den-

tro de la comunidad educativa.

Además, este fenómeno no puede desvincularse de la influencia global, particularmente de contextos como Estados Unidos, donde los tiroteos escolares han sido ampliamente difundidos. La repetición constante de estos hechos en medios y redes puede generar una especie de “normalización simbólica”, en la que la violencia extrema se convierte en una referencia cultural, incluso para quienes no viven esa realidad directamente.

Desde una perspectiva crítica, también es necesario cuestionar el rol de las instituciones educativas. ¿Están los colegios generando espacios reales de contención emocional, escucha activa y formación en convivencia? ¿O se limitan a sancionar sin comprender las causas? La respuesta no es simple, pero ignorar el trasfondo emocional, social y psicológico de estos actos solo con-

tribuye a perpetuar el problema.

Por otro lado, es importante reconocer que este tipo de conductas tiene consecuencias legales y sociales graves. No se puede trivializar una amenaza de violencia armada, incluso si no existe una intención real de llevarla a cabo. La línea entre la “broma” y el delito es delgada, y cruzarla implica responsabilidades que deben ser asumidas.

En conclusión, esta “moda” no es inocente ni pasajera. Es un síntoma de una cultura juvenil atravesada por la hiperconectividad, la exposición a la violencia y, en algunos casos, la falta de canales adecuados para expresar malestar. Abordarla requiere más que castigo: demanda educación emocional, alfabetización digital, compromiso institucional y una reflexión profunda sobre el tipo de comunidad que se está construyendo dentro y fuera de las aulas.